Benjamín Martín Sánchez
Canónigo de la S. I. Catedral de Zamora

EN MANOS DE DIOS

¡Confía en su Providencia!

Las almas de los justos están en la mano de Dios... (Sab. 3,1)

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 Sevilla

ISBN: 84-7770-236-5
Depósito Legal: B-41281-94
Impreso en España por
Bigsa Industria Gráfica

PRESENTACIÓN

Se refiere de Federico el Grande, rey de Prusia, que, en cierta ocasión, visitó una escuela de niños y preguntó a uno de ellos:

—¿Dónde está Prusia? En Alemania.

—¿Y Alemania? En Europa.

—¿Y Europa? En el mundo.

—¿Y el mundo? El pequeño se detuvo un instante como para pensar, y contestó: En manos de Dios.

Esta fue una gran respuesta y una gran verdad.

El mundo y sus habitantes los hombres están en manos de Dios.

En el libro de la Sabiduría leemos: *«La vida de los justos está en las manos de Dios y no los tocará el tormento. La gente insensata que pensaba que morían; consideraba su tránsito como una desgracia, su partida de entre nosotros, como una destrucción, pero ellos están en paz»* (2,1-3).

La Sagrada Escritura, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento está lle-

na de pasajes en que se nos inculca la confianza en Dios, y se nos exhorta a depositar tranquilamente nuestra suerte en sus divinas manos.

«Deja tu cuidado a cargo del Señor y Él te sostendrá» (Sal. 55,23).

«Al pequeño y al grande Él mismo los hizo, y de todos cuida igualmente» (Sab. 6,8).

«Humillaos, pues, bajo la mano poderosa de Dios..., descargando en su amoroso seno todas vuestras solicitudes, pues Él tiene cuidado de vosotros» (1 Ped. 5,6-7).

Mi finalidad es explicar qué es la providencia de Dios y porqué debemos confiar en ella, pues nosotros apoyados en el dogma católico creemos que Dios que llamó a la existencia con un solo acto de su voluntad a este mundo, sigue conservándolo y gobernándolo, y no solamente gobierna el universo, el curso de las estrellas, la naturaleza inanimada, sino también la vida del hombre.

¡Bienaventurado el que tiene puesta en Dios su confianza! (Jer. 17,7).

Benjamín MARTÍN SÁNCHEZ

Zamora, 1 de marzo de 1994

EN LAS MANOS DE DIOS

¿Qué es la Providencia?

1

¡Providencia! Muchas veces hablamos de ella y en ella confiamos; pero ¿sabemos bien qué es «la divina Providencia»? La Providencia divina es el cuidado que Dios tiene por conservar y gobernar el mundo.

Las criaturas, por cuanto han recibido el ser de Dios, continúan necesitando de su apoyo para existir y a obrar, y por lo mismo la providencia de Dios, que todo lo conserva y rige, es una creación continua.

El Concilio Vaticano I dice: «Todas las cosas que hizo las protege y gobierna Dios con su providencia, que alcanza de un confín a otro confín con fortaleza y lo dispone todo con suavidad, porque todo está patente a sus ojos, aun las acciones futuras libres» (Dz. 1784).

Dios sostiene y gobierna todo suave y

fuertemente, sin quebrar la libertad del hombre y sin que éste se dé cuenta.

«Dios sólo, dice San Cipriano, gobierna el universo; con su palabra manda todo lo que existe; todo lo rige en su suprema razón, y todo lo lleva a término con su infinito poder».

2

Dios, que ha creado este mundo, lo conserva, es decir, hace que las cosas creadas perseveren en su ser.

En las ciudades donde hay alumbrado de gas o electricidad, hay un establecimiento donde el gas o la electricidad se fabrica. Des de el instante que allí se deja de trabajar, se queda la ciudad sin luz. Así toda la creación perecería, en cuanto dejara Dios de velar por su conservación. Una bola colgada de un hilo cae, en el instante en que el hilo se suelta. Asimismo caerían en la nada la tierra y todo el mundo, en cuanto Dios, que los sacó de la nada, dejara de sostenerlos con su omnipotencia. Por eso dice el Sabio: *«¿Y cómo podría subsistir nada si Tú no quisieras, o cómo podría conservar-*

se sin Ti? (Sab. 11,26). *Dios «con su poderosa palabra sustenta todas las cosas»* (Heb. 1,3).

3

Para que las criaturas se sostengan, Dios les da todo lo que necesitan para su permanencia. Para esto repite anualmente el milagro de la multiplicación de los panes en nuestros campos (S. Agustín).

De un grano de trigo salen de 30 a 100 granos; de un pedazo de patata, de 10 a 20 enteras. De una pepita de cereza, ciruela, etc., nace un árbol que produce cada año muchos centenares de ellas. Diariamente se verifican estos milagros; mas porque los vemos continuamente, no producen en nosotros ninguna impresión (San Agustín). (Véase «Catecismo *''Spirago''*»)

4

Dios también mantiene la luz del sol, y las estrellas en sus órbitas y de no hacerlo así, nosotros pereceríamos y toda la tierra

se haría pedazos. No obstante, vendrá un tiempo en que cambie el presente *estado* del mundo sensible; pues ha dicho Jesucristo: *«El cielo y la tierra pasarán»* (Lc. 21,33); lo cual no es precisamente decir que Dios lo aniquilará, pues esto parece contradecir sus atributos. Dios trocará el mundo en otro mejor. Esperemos *nuevos cielos y nueva tierra*, conforme a su promesas (2 Ped. 3,13).

5

Dios se muestra grande en lo pequeño

Dios que hizo a los pequeños como a los grandes, tiene igual cuidado de todos (Sab. 6,8). Y el que se muestre grande en lo pequeño lo vemos en cualquier gotita de agua, donde el microscopio nos descubre millares de vivientes, y en la estructura de la más pequeña planta o gusanillo.

Dios se gloria con especial agrado en lo pequeño, y así nos dice San Pablo: *«Dios eligió la necedad del mundo para confundir a los sabios y eligió Dios la flaqueza del mundo para confundir a los fuertes; y lo plebeyo del mundo, el desecho, lo que no*

es nada, lo eligió Dios para anular lo que es, para que nadie pueda gloriarse ante Dios» (1 Cor. 1,27-29).

A hombres humildes, como José, Moisés, David, Daniel, los levantó desde su humildad a los más altos puestos. Hizo anunciar el nacimiento del Salvador, no a los soberbios fariseos, sino a los pobres pastores. Eligió por apóstoles a pescadores sencillos, etc. *«A los humildes da su gracia»* (Sant. 4,6). Por lo cual dice David: *«¿Quién es como el Señor, nuestro Dios, que vive en lo alto y mira a lo humilde? Levanta del polvo al pobre y lo coloca con los príncipes, los príncipes de su pueblo?»* (Sal. 113,5 s.).

Dios, pues, se cuida de todo cuanto se hace en la tierra.

6

La providencia de Dios resplandece en el átomo como en el sol, en un grano de arena como en las más altas montañas; en una gota de agua como en el océano, en un mosquito como en el águila, en el más pequeño y el más débil de los insectos como en el león, en la tierra como en el firma-

mento, en todos los elementos, en todas las estaciones y en todas las más variadas producciones... (C.A. Lápide).

7

Si Dios no tuviese ningún cuidado de las cosas de este mundo, y sobre todo de las criaturas inteligentes, sería como nulo para nosotros, y nos sería indiferente saber si existe o no existe. La sabiduría, la bondad, la justicia y la santidad que le atribuimos, serían palabras vacías de sentido: la moral no sería más que una vana especulación, y la religión sería un absurdo.

Por esto la primera lección que Dios dio al hombre al sacarlo de la nada, fue la de enseñarle que su Creador era también su dueño, su Padre, su Legislador, su bienhechor y su providencia.

8

Dios no sólo se ha dado a conocer al hombre como un ser de una naturaleza superior, eterna, infinita, sino como el autor

y el conservador de todo, como el remunerador de la virtud y el vengador del crimen.

Al crear Dios el mundo, no obró con la ciega impetuosidad de una causa necesaria, sino con la inteligencia de un ser libre, independiente, con reflexión, con previsión y atención a la perpetuidad de su obra y al bienestar de sus criaturas. *«Habló y todo quedó hecho, y vio al propio tiempo, que todo estaba bien...».*

Lo que se llama casualidad no es más que una palabra vana; todo sucede por la providencia de Dios...

9

En consecuencia: Todos estamos en manos de Dios. Si su providencia cesase un instante de conservar, de sostener, de dirigir y de vivificar todas las cosas, todo volvería en un instante al caos, todo sería destruido y derribado. El sol no recorrería más su carrera; la luna y las estrellas desaparecerían; la tierra ya no sería fecunda; el océano no respetaría ya sus límites; la fiera no se alejaría de la habitación del hombre; los animales domésticos se convertirían en ti-

gres, etc., y el cielo mismo quedaría aniquilado...

10

Dios gobierna el mundo

Dios cuida que las criaturas sirvan para su gloria y nuestro provecho. Como un piloto rige su barco, para que alcance el término de la navegación, así rige Dios el mundo, para que consiga su fin, que es la glorificación de Dios y el bien de sus criaturas.

Ordinariamente, Dios obra detrás del velo de las «causas segundas», o sea, de leyes por Él establecidas.

1) *Los seres privados de razón* Dios los rige por medio de *leyes físicas* e inflexibles que jamás deroga sin especiales razones, aunque deben resultar algunos desórdenes parciales, y así vemos que Dios rige especialmente a las estrellas del cielo con leyes fijas (Is. 40,26), de modo que el firmamento anuncia la gloria de Dios (Sal. 19,2), y por esas leyes el sol nos alumbra, la tierra nos sostiene, el fuego nos calienta...

Según estas leyes la tierra ha de girar en torno del sol 365/4 días y sobre su eje en veinticuatro horas. La Luna ha de describir en 27 1/3 días su órbita en torno a la tierra. Y los cuerpos celestes observan con tal exactitud esas leyes, que, con muchos años de anticipación, se pueden predecir los eclipses y otros fenómenos celestes.

11

2) *A los hombres, seres racionales y libres,* Dios los dirige por medio de *leyes morales*, y así les impone la obligación o el deber de observar sus leyes o mandamientos, pero no los fuerza a ellos, por respeto a su voluntad libre, es decir, por gozar de libertad, pueden traspasarlos, y por esa transgresión Dios puede castigarlos, según les advierte.

Como leemos en el profeta Daniel, Dios guía a los pueblos: *«A sus ojos todos los habitantes de la tierra son nada, y con el ejército de los cielos y con los habitantes de la tierra hace según su voluntad, sin que nadie pueda resistir a sus manos y decirle: ¿Qué es lo que haces?»* (4,32)

12

Tenemos que confesar que muchas veces no podemos, a primera vista, entender los designios de Dios; son enigmas para nosotros. Las disposiciones de Dios son tan incomprensibles para nosotros, como el concertado movimiento de las manecillas en el reloj de una torre, al observador que no tiene noticia alguna de su artificio.

Cuando miramos la maraña de los hilos, en el reverso de un tapiz, podría parecernos imposible que aquellos hilos, al parecer sin orden, formaran hermosas figuras; pero éstas se ven cuando se le mira por la otra parte. Así nos ofenden ciertos acontecimientos, que parecen al principio dañosos; pero Dios los sabe conducir de manera, que al cabo sirvan para su gloria y para nuestro bien. Por esto tenemos que decir luego muchas veces, como David: *«Dios es elque ha hecho esto, y es maravilloso a nuestros ojos»* (Sal. 118,93; *Spirago*).

13

Dios tiene providencia de todos

No hay un solo hombre en la tierra de quien Dios no tenga providencia.

«Antes se olvidará la madre de su hijo, que Dios de nosotros» (Is. 49,15). Aun de las bestias y de las criaturas inanimadas tiene Dios cuenta.

En el Evangelio tenemos una bella página que nos habla elocuentemente de la providencia de Dios y nos invita a confiar en ella. Veamos la sabiduría que se encierra en estas palabras de Jesucristo:

«No os preocupéis por vuestra vida, qué comeréis o qué beberéis; ni por vuestro cuerpo, con qué os vestiréis. ¿No vale vuestra vida más que el alimento, y vuestro cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo, no siembran ni siegan ni juntan graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta; ¿no valéis vosotros más que ellas? ¿Quién de vosotros a fuerza de cuidados puede alargar un codo a su estatura?

Y del vestido ¿Por qué os preocupais? Aprended de los lirios del campo, como crecen; no trabajan ni hilan; pero os digo que

ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos. Pues si la hierba del campo, que hoy existe y mañana la arrojan al horno, Dios así la viste, ¿no hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe?

No debéis, pues, preocuparos pensando ¿qué comeremos o qué beberemos? o ¿con qué nos vestiremos?, pues todas estas cosas las ambicionan los gentiles; pero bien sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todas ellas. Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura. No os preocupéis, pues, por el día de mañana, porque el día de mañana traerá por sí mismo, su preocupación; bástale a cada día su trabajo» (Mt. 6,25-34).

14

En estas palabras, Jesucristo nos da una lección de abandono en manos de la Providencia y nos enseña a no vivir tan afanados por las cosas de la tierra, pues si Dios cuida de las aves del campo ¡cuánto más cuidará de nosotros!... Y aun traza con toques más delicados la imagen del Padre celestial,

amorosamente solícito, al decir: *«¿No se venden dos pajarillos por un as (pequeña moneda de cobre)? Sin embargo ni uno solo de ellos caerá en tierra sin disposición de vuestro Padre. En cuanto a vosotros, todos los cabellos de vuestra cabeza están contados. No temáis, pues más que muchos pajarillos valéis vosotros»* (Mt. 10,29-31).

Por nuestra parte hemos de trabajar cuanto podamos, pero no confiemos sólo en nuestras fuerzas, sino con preferencia en la providencia de Dios.

15

Trabajemos... confiando en la Providencia

Notemos que Jesucristo dice: *«No os inquieteis por vuestra vida sobre qué comeréis ni por vuestro cuerpo sobre qué vestiréis... Mirad como las aves del cielo no siembran ni siegan... Mirad a los lirios del campo como crecen; no trabajan ni hilan...»*. Al decir que las aves *no siembran*, o que los lirios *no trabajan*, no dijo que el hombre no deba sembrar o trabajar, sino que

en sus trabajos no deba tener demasiado afán o demasiada solicitud o preocupación.

A este fin comenta San Juan Crisóstomo: «Y ¿quiénes son los que no se han afanado), dirás. —Pues ¿no has oído cuántos santos te he puesto delante: Elías, Moisés, Juan y otros santos que no se afanaron? ¿No ves, además de aquéllos a Jacob salir de la casa paterna desprovisto de todo? ¿No le ves hacer oración y decir: *«Si el Señor me diere pan para comer y vestido con que cubrirme?»* (Gén. 28,20). Lo cual no era propio del hombre que anduviese afanado, sino de quien todo se lo pedía a Dios.

Esto mismo cumplieron también los apóstoles, despojándose de todo sin afanarse por nada, y lo mismo aquellos cinco mil y aquellos tres mil (de quienes se habla en los Hechos de los Apóstoles)».

16

«Así como a tu cuerpo, dice Jesucristo, no puedes añadir con tus afanes un poquito de estatura, de la misma manera tampoco puedes reunir el alimento, aunque tú así lo creas. Por donde es manifiesto que no es

nuestro empeño, sino la divina Providencia la que todo lo lleva a cabo, aun en aquello en que nos creemos con fuerzas suficientes; de suerte que, si ella nos abandonara, no habría cuidado, ni solicitud, ni trabajo, ni cosa alguna que pudiera subsistir, sino que todo perecería» (S. Crisóst.).

Tenemos que trabajar, pero sin dejar de confiar en la Providencia de Dios. El trabajo es una ley *universal* que pesa sobre la humanidad, y es una ley *penal* impuesta por Dios como castigo del primer pecado (Gén. 3,19). Nadie está dispensado del trabajo. *«El hombre ha nacido para el trabajo como el ave para volar»* (Job. 5,7). La Escritura Santa remite a los hombres a la hormiga, a la abeja... *«Ve, oh perezoso, aprende de ellas como trabajan...»* (Prov. 6). El trabajador que trabaja sin confiar en la Providencia de Dios, puede faltar a sus campos la lluvia oportuna... y resultar su trabajo inútil...

17

Buscad el cielo

Seguimos el comentario de San Juan

Crisóstomo: «No tengamos demasiada solicitud por los bienes de la tierra, ya que no sacaremos otro fruto que el atormentarnos a nosotros...

Buscad el reino de Dios, y todas estas cosas os serán añadidas... Una vez que libró el alma de cuidados, entonces le recuerdas el cielo. A eso vino Él, a deshacer lo viejo y llamarnos a otra patria mejor. Por eso no hay cosa de que no eche mano para apartarnos de lo superfluo y del afecto a la tierra. Por eso hizo mención también de los gentiles, diciendo que ellos son los que buscan estas cosas, los que ponen todo su empeño en la vida presente, los que nada se cuidan de las cosas futuras ni piensan en el reino de los cielos.

18

Mas para vosotros no es esto lo principal, sino otras cosas... Que no fuimos creados para comer y beber y vestirnos, sino para agradar a Dios y conseguir los bienes venideros. Si, pues, aquello es accesorio en el intento, sea también accesorio en la petición. Por eso decía Él: *Buscad el reino de*

los cielos, y todas estas cosas os serán añadidas. Y no dijo: *Os serán dadas,* sino: *os serán añadidas*, para que entiendas que lo que se da de presente no tiene nada que ver con la grandeza de lo venidero.

Por eso tampoco manda pedir estas cosas temporales, sino pedir aquéllas y confiar que las otras se nos darán por añadidura. Busca, pues, las cosas futuras, y percibirás aun las presentes; no busques las visibles, y sin duda las conseguirás. Indigno es de ti acercarte al Señor a pedirle esas cosas. Porque tú, que debes poner todo tu empeño y solicitud en los bienes inefables, te deshonras sobremanera consumiendo tu deseo en cosas perecederas.

19

Dios que envía a los hombres a la tierra, sapientísimo y bondadoso como es, ha puesto en ella los medios suficientes para que puedan vivir dignamente todos los hombres. Dios ha sido un proveedor sabio de la morada del hombre. Ha sido un Padre providente para las necesidades de sus hijos.

Dos condiciones exige Dios a los hombres: que trabajen todos para arrancar a la tierra las riquezas que ha encerrado en ella; y que los hombres se traten como hermanos: ayudando los que tienen más a los que tienen menos.

Aunque Dios, Padre providente, vela por sus hijos, quiere que todos los días le pidan el alimento necesario para el cuerpo y el alma: *«Danos hoy nuestro pan de cada día...*

Quiere que se lo pidan porque así reconocen la dependencia continua que tienen de Él, y que le pidan lo de cada día, para que confíen en su providencia y no en las previsiones humanas. Para que no se les pegue el corazón a las cosas de la tierra... Para que no consuman sus energías en amontonar tesoros que la muerte destruirá... Todos los días hemos de acordarnos de nuestro Padre-Dios: *«Padre nuestro que estás en el cielo..., danos hoy nuestro pan de cada día...»*

20

Pedid bien... Dios desea concedernos sus bienes

«Pero el caso es, dice uno, que yo ruego, y no aprovecho. —Porque no ruegas como ellos; como la sirofenisa, digo, como el amigo que llegó a deshora de la noche, como la viuda que importunaba continuamente al juez, como el hijo que había consumido el patrimonio.

Si así rogases, pronto lograrías. Pues, aunque ultrajado, Él es Padre; aunque irritado, ama a sus hijos y sólo pretende una cosa: no tener que exigir justicia de sus afrentas, sino verte arrepentido y suplicante.

¡Ojalá también nosotros ardiéramos de la manera que aquellas sus entrañas se conmueven por nuestro amor! Pues aquel fuego sólo busca una ocasión; con tal que le presentes una chispita, prendes una gran llamarada de beneficios.

21

No por haber sido ultrajado se indigna, sino porque tú eres el que afrentas y estás fuera de seso, como embriagado. Puesto que si nosotros, con ser malos, cuando nos afrentan los hijos, lo sentimos por ellos, ¡cuánto más Dios, que ni aún puede recibir el ultraje, se indignará por ti, que se lo infieres! ¡Si así somos nosotros, que amamos por naturaleza, cuánto más Él, que es amoroso sobre toda naturaleza! Porque, *«aun cuando se olvidare,* dice, *una mujer del fruto de sus entrañas, yo no me olvidaré de ti»* (Is. 49,15).

Acerquémonos, pues, a Él y digámosle: *«Bien está, Señor; que también los perros comen de las migas que caen de las mesas de sus dueños»* (Mt. 15,27). Acerquémonos con oportunidad e importunidad; por más que nunca podamos acercarnos con importunidad, la importunidad está en no acudir continuamente. Porque así como respirar nunca es importuno, así tampoco orar, sino que lo importuno es no orar. Pues como necesitamos de la respiración, así necesitamos de su auxilio, y si lo queremos, fácilmente lo conseguiremos (S. J. Crisóstomo).

22

El P. Fr. Luis de Granada comentando admirablemente los beneficios que hemos recibido de Dios, dice que Él nos ama grandemente por cuanto «éste tan grande y admirable mundo, que vemos con los ojos, lo creó para nosotros, y no para los ángeles, que son espíritus puros, y mucho menos lo creó para Él, porque de nada tenía necesidad..., y porque lo creó sólo para servicio, mantenimiento y uso del hombre, y para que fuese un espejo en que mirase al Creador y un libro natural en que leyese y conociese su sabiduría, su omnipotencia, su providencia y su bondad, de aquí que no sólo está obligado el hombre a Dios por el beneficio de la creación, sino también por el de la conservación; porque Él es quien te hizo y el que te conserva después de hecho. De manera que tan colgado estás ahora de la mano de Dios y tan poca parte eres para vivir sin Él, como lo fuiste para ser sin Él.

23

Dios te está creando, porque siempre

está conservando lo que creó; y no es menester menor poder ni menor amor para lo uno que para lo otro. Pues si tanto le debes porque en un punto te creó, ¿cuánto le deberás porque en tantos te conserva? No das un paso que no te mueva Él para eso; no abres ni cierras los ojos que no ponga Él ahí su mano. Porque si tú no crees que Dios mueve tus miembros cuando tú los mueves, no eres cristiano; y si crees que Él te hace esa merced, y, con todo eso, le ofendes, no acertaré a decir lo que eres.

Dime ahora: si estuviese un hombre en una torre altísima y tuviese fuera de las almenas otro hombre colgado de un pequeño cordel, ¿osaría por ventura éste que así estuviese, demandarse en palabras contra aquél que le sostiene? Pues si tú estás colgado como de un hilico de la voluntad sola de Dios, de tal manera que, si Él te soltase, en un punto te volverías en nada, ¿cómo tienes atrevimiento para provocar a ira los ojos de esa tan alta Majestad que te sostiene aún en ese mismo tiempo que le ofendes?...

¿Quién no ve que estamos continuamente en manos de Dios?

24

La providencia de Dios en el orden físico

Veamos la admirable descripción que se nos hace en el salmo 103 (104) de la Providencia. Es un himno a Dios creador y conservador del universo. David, a quien se atribuye este salmo, canta la grandeza de Dios en la naturaleza. En él se describen en rasgos generales las maravillas de la creación, y viene a ser como una paráfrasis poética del primer capítulo del Génesis, pues en él se van describiendo las obras de los seis días de la creación.

El salmista ante el maravilloso cuadro de la creación y ante el supremo poder de Dios sobre todas y cada una de las criaturas, no puede menos de empezar diciendo: *Bendice, alma mía, al Señor...* ¡Cuán grande es Dios! especialmente por las obras de la creación, de la conservación y de la providencia que tiene sobre todas las criaturas.

25

—Los cielos son la morada de Dios, la

luz su manto, las nubes su carroza, los vientos sus mensajeros, esto es, Dios creó la luz y luego el firmamento en lo alto... Cimentó sólidamente la tierra y fijó los límites del océano, trazándoles *«unos límites que no traspasarán»*, y separó las aguas de la tierra y surgieron las montañas y los valles.

Distribuyó las aguas haciendo nacer las fuentes para que bebiesen las fieras de los campos, y junto a ellas arboledas para los pájaros.

26

—*Desde tu morada riegas los montes...* Dios envía las lluvias para que fertilicen los campos y haya hierbas para el ganado y el grano para el pan del que el hombre se alimenta, saca también el «vino que alegra el corazón». (Notemos que la Sagrada Escritura aborrece la embriaguez, pero elogia las cualidades del vino tomado con moderación y acción de gracias a Dios, de quien procede todo bien: Jue. 9,13; Eclo, 31,35; 40,20; Prov. 31,6-7; 1 Tim. 5,23).

Dios vigoriza a su vez los árboles del bosque que dan abrigo a las aves y los altos montes son guarida de los animales.

Dios hizo los astros: «la luna con sus fases» para regir los meses y así señalas los tiempos; el sol para separar el día de la noche. Por la noche las bestias andan en busca de presa, «reclamando a Dios su comida», y por el día ellas se retiran a sus guaridas y el hombre trabaja por el día.

27

—Cuántas son tus obras, Señor!... Los habitantes de la tierra y de los mares dependen todos de la providencia divina. Dios da a todos el alimento necesario. Si retira su espíritu o protección de ellos «vuelven al polvo», esto es, mueren y cuando envía su espíritu nacen y pueblan la tierra.

El Espíritu de Dios es el principio de toda vida en especial de los hombres (Gén. 2,7). Estas palabras se aplican al Espíritu Santo por ser el principio de vida sobrenatural. Si viene al alma, la renueva y se tiene en ella una nueva creación en el orden sobrenatural.

28

—Gloria a Dios para siempre. ¡Gloria sea dada a Él por su poder infinito, por el don de la creación!... El vio que «todo era bueno» al crearlo, y a esto equivale la expresión del salmista «goce el Señor con sus obras»... Todos debemos alabarle y en todos los momentos de nuestra vida, porque de Él dependemos.

Que se acaben los pecadores en la tierra... El pecado rompe la amistad o unión con Dios, por eso a los pecadores los anatematiza, porque son la única nota discordante en el hermosísimo concierto de la creación.

29

En el salmo anterior, el 102 (103) pone de manifiesto la gran misericordia de Dios para con el pecador arrepentido: *«Él es misericordioso y clemente, paciente y lleno de bondad, pues no nos trata como merecen nuestros pecados»*. La misericordia de Dios es inmensa, ella se eleva tanto cuanto se eleva el cielo sobre la tierra... Él es indul-

gente y compasivo para los que le temen, como lo es un padre para con sus hijos, porque conoce de qué hemos sido hechos y que somos frágiles y efímeros como la flor del campo.

Su misericordia, en cambio, es eterna, la ejercita en esta vida perdonándonos y dándonos las gracias necesarias, y después la gloria eterna del cielo, desde el cual extiende su soberanía sobre el mundo. Él, pues, es el rey de la creación y a Él todos debemos alabar.

30

Alabe a Dios nuestra vida entera

En la Biblia leemos: *«Dios señaló al hombre un número contado de días, y le dio el dominio sobre la tierra ...Dióle inteligencia, lengua, ojos..., para que viera la grandeza de sus obras. Y les dijo: Guardaos de toda iniquidad»* (Eclo. 17,3 ss.).

Siendo la providencia «aquella alta sabiduría con que Dios señaló a cada cosa un fin, y lleva a su fin cada cosa» (Donoso Cortés), al señalar al hombre la misión de

alabarle y glorificarle, para que logre el fin de la felicidad eterna, justo es que tenga presente el mandato del Señor que dice: *«Alabad al Señor todas las gentes, alabadle todos los pueblos...»* (Sal. 117).

31

«Ahora, pues, hermanos, os exhortamos a que alabéis a Dios... Pero alabadle con todo vuestro ser, esto es, alabe a Dios no sólo vuestra lengua y voz, sino vuestra conciencia, vuestra vida y vuestros hechos... No ceséis de vivir bien y estaréis siempre alabando a Dios. Dejas de alabar a Dios cuando te apartas de la santidad y te inclinas hacia tus gustos.

Si no te apartares nunca de la vida buena, tu lengua callaría, pero tu vida daría voces y los oídos de Dios estarían atentos a tu corazón. Del mismo modo que nuestros oídos escuchan nuestras voces, los de Dios escuchan nuestros pensamientos. No puede tener obras malas el que tiene pensamientos buenos (S. Agustín).

32

En el salmo 148 tenemos el precepto divino de la alabanza: *«Alabadle vosotros sus ángeles todos; alabadle vosotros todos sus ejércitos; alabadle sol y luna; alabadle todas las lucientes estrellas; alabadle, cielo de los cielos..., porque Él lo dijo y fueron hechas; Él mandó y fueron creadas... Alabadle los cetáceos... el fuego... los montes... las fieras...»*.

«Púsoles la ley y no la traspasarán». ¿Qué precepto creéis., comenta San Agustín, que impuso Dios a todo lo celestial y a los ángeles santos? ¿Qué precepto les ha dado? ¿Qué otro va a ser sino que le alaben? Felices aquellos cuya ocupación es alabar a Dios... Alaban a Dios los ángeles..., los hombres... La gradación está formada por los minerales, los vegetales y los animales; ninguno de ellos tiene entendimiento, pero todos alaban a Dios. ¿Cómo? Porque, cuando los vemos y consideramos al Creador que los hizo, surge en nosotros la alabanza, y cuando, movidos por su consideración, nosotros alabamos a Dios, es como si ellos lo hicieran también.

«No es de admirar que las obras alaben

a su Autor, nos es de admirar que lo hecho alabe a su Hacedor, no es de admirar que la criatura alabe a su Creador».

33

La Providencia de Dios en el orden moral

Si Dios cuida de nosotros, ¿por qué existe el mal moral o pecado? Como podremos observar, si en el orden moral existen infracciones, no es culpa de Dios, es culpa del hombre rebelde a la divina Providencia, pues todo lo bueno se hace por orden de Dios, y de hecho *permite* el mal y el dolor, y esto no se opone a su Providencia. *Dios todo lo hizo bien* (Gén. 1,31), por tanto el origen del mal no viene del Creador. Él no es el autor del pecado: *«No digas: mi pecado viene de Dios, porque Él no hace lo que detesta... Pues a nadie ha mandado ser impío, ni le ha dado permiso para pecar»* (Eclo. 15,21 ss.).

Dios no hizo el dolor ni la muerte, pues entraron en el mundo por el pecado original: *«Por un hombre entró el pecado en el*

mundo y por el pecado la muerte...» (Rom. 5,12; Gén. 3,17; Sab. 1,13).

34

Dios detesta y castiga el pecado; pero lo *permite* para dejar al hombre el uso de su libre albedrío... Dios noes causa del mal moral: Dios nos ha creado libres, lo cual es un bien; el pecado es el abuso de nuestra libertad, y en eso consiste el mal. La libertad viene de Dios: el abuso, del hombre. El mal es la consecuencia de la libertad otorgada al hombre.

Dios llama a todos los hombres a la virtud para coronarlos a todos en el cielo; pero a su servicio no quiere sino *voluntarios;* por eso deja la posibilidad del mal... (P. A. Hillaire).

35

Los males físicos, nuestros sufrimientos, especialmente los males del cuerpo son, por lo general, debidos a nuestros pecados personales, a nuestras propias faltas. Tendría-

mos menos que sufrir., si fuéramos más moderados en nuestros deseos, más sobrios y templados en nuestra vida. ¡Cuántas enfermedades son el resultado de la sensualidad y de la intemperancia! Ejemplos: *Glotonería* (Eclo. 31,24 y 27; 37, 33-34); *embriaguez* (Eclo. 31,36-40); Ef. 5,18); el *dado a los deleites* (Prov. 21,18)...

Dios permite muchas veces el dolor para nuestro mayor bien: para *expiar* nuestros pecados; para *probar* la fidelidad de los justos; para *convertirnos y desprendernos* de los bienes de la tierra y hacernos pensar más en el cielo, y a veces *dar ocasión a Dios* de manifestar su poder al liberarnos del sufrimiento, como en las curaciones milagrosas (Lc. 23,41; Gén. 42,21; 2 Mac. 6,12-16; Jn. 9).

36

A veces vemos que el hombre se olvida de Dios en la prosperidad, y Dios le manda el dolor para que se aproxime a Él... El salmista dice: *«Si ves que el malo prospera y el bueno fracasa, no por eso envidies al malvado, su felicidad es muy corta y efíme-*

ra... y Dios lo ve todo y juzgará al justo y al impío» (Prov. 14,34; Ecl. 5,16-17; Sals. 37,49 y 73).

«Los males se adueñan del mundo, para que no se ame al mundo... Somos cristianos únicamente para el siglo venidero, nadie espere bienes presentes, nadie se prometa felicidad en este mundo, por ser él cristiano» (San Agustín).

37

El mal que Dios permite, lo endereza a bien nuestro

Dios que nos ama infinitamente (Jn. 3,16), tiene en todo el designio de hacernos felices. Por eso convierte en nuestro provecho las desgracias, tentaciones y aun los pecados de los hombres (Gén. 50,30). Como se ha dicho «Dios escribe derecho con líneas torcidas».

Basta recordar, entre tantas obras, la historia de José, el hijo de Jacob. Es un ejemplo maravilloso de la providencia divina. La resumiremos para darnos una idea de su contenido.

José fue enviado por su padre Jacob a ver a sus hermanos, pues deseaba se informase del ganado y de cómo se encontraban ellos y que volviera a decírselo. Sus hermanos le envidiaban porque era el más querido de su padre y hasta algunos le odiaban por haber denunciado también a su padre la pésima fama de ellos. Y como les hubiese contado unos sueños, cuyo significado era que un día se postrarían todos ante él, le odiaron todavía más y le dijeron: «¿Es que vas a reinar sobre nosotros y vas a dominarnos?».

38

José fue en busca de sus hermanos y los halló en Dotain. Viéronlo ellos desde lejos, antes de que a ellos se aproximara, ya concibieron el proyecto de matarlo: *«Aquí viene el soñador, matémosle y echémosle en uno de estos pozos y diremos que lo ha devorado una fiera... Rubén, que esto oía, quería librarlo de sus manos, y dijo: No manchéis vuestras manos con su sangre, sino echadle más bien en aquel pozo sin agua... Esto lo decía parta sacarlo después*

y restituirlo a su padre... Pasando por donde ellos estaban unos mercaderes que iban a Egipto, dijo Judá a sus hermanos: *«¿Qué ganamos con la muerte de nuestro hermano? Mejor es venderlos, y no manchar nuestras manos, porque, al fin, hermano nuestro es»*... y lo vendieron a los mercaderes por veinte siclos de plata... José lloró y suplicó, pero en vano, y los mercaderes lo llevaron a Egipto... Más tarde sabría Jacob la suerte de su hijo y lo dio por muerto llorándolo inconsolable.

39

Los mercaderes en Egipto vendieron luego a José a Putifar, ministro del faraón; pero *Dios estaba con José*, y hacía llegar a feliz término todo cuanto José emprendía. Por lo cual halló gracia a los ojos de su señor, y éste puso en sus manos todos los bienes de su casa, y por amor a José, Dios bendijo la casa del egipcio y aumentó su hacienda.

Pasado algún tiempo José tuvo que sufrir una fuerte tentación. La mujer de Putifar lo indujo a una mala acción; pero José re-

chazó la tentación diciendo: *«He aquí que mi señor me ha confiado todas las cosas de su casa, ¿cómo he de cometer yo una acción tan mala, y pecar contra mi Dios?».* La mala mujer lo volvió a solicitar para pecar, mas él huyó de ella dejando en sus manos la capa que llevaba, y para vengarse lo calumnió ante su marido y le dijo: Vino a mí para inducirme al mal; pero yo grité, y él huyó dejando la capa en mis manos. Putifar la creyó y enojado mandó llevar a la cárcel al inocente José.

40

José fue encerrado en la cárcel entre criminales. Pero *el Señor tampoco le abandonó allí, y le hizo grato a los ojos del carcelero, el cual le confió el cuidado de todos los demás presos.* Sucedió que el copero mayor y el panadero mayor del rey faraón ofendieron a su señor y se hallaban en la misma cárcel, y un día tuvieron sus sueños y José se los interpretó. Al copero le dijo que saldría de la cárcel a los tres días, y al panadero le cortarían la cabeza, y así sucedió. José le encargó al copero: *Acuérdate de*

mí, y pide al rey que me saque de esta cárcel, porque estoy aquí sin culpa; mas el copero se alegró de su buena suerte, y no se volvió a acordar de José.

Dos años después tuvo el faraón un sueño, que ninguno de los adivinos del reino supo interpretarlo, y entonces fue cuando el copero mayor, dijo al rey: *«En la cárcel hay un joven hebreo que en cierta ocasión nos interpretó a mí y al panadero mayor satisfactoriamente los sueños que habíamos tenido»*. El rey mandó que llevaran a José a su presencia.

41

Entonces fue José presentado al rey, el cual le dijo: *«He tenido un sueño que nadie puede interpretar. He oído que tú puedes interpretarlo»*. A lo que respondió José: *«No seré yo, sino Dios quien responderá favorablemente al rey»*. Habiéndole referido el rey sus sueños, dijo José: Dios ha mostrado al rey lo que ha de hacer.

Las siete vacas gordas y las siete espigas llenas significan siete años de abundancia; las siete vacas flacas y las espigas que-

madas significan otros tantos años estériles, que han de suceder a los fértiles y han de consumir la abundancia de ellos, porque el hambre ha de asolar toda la comarca. Así, pues, debe el rey buscar un hombre sabio y activo, y darle autoridad en Egipto, el cual haga preparativos y encierre en graneros gran cantidad de trigo en los años abundantes para los años de escasez.

Este consejo agradó sobremanera al rey e hizo a José su primer ministro.

42

Vinieron los siete años de abundancia, como José había predicho, y almacenó grandes cantidades de trigo para los años de escasez, en los que se empezó a sentir el hambre por todas partes. *También se dejó sentir en tierra de Canaán, y Jacob mandó a sus hijos que fueran a Egipto a comprar lo necesario para que no tuvieran que morir de hambre.*

Los hermanos de José llegaron felizmente a Egipto. Llevados a su presencia, *se postraron profundamente en tierra ante él, a quien no conocieron.*

José los conoció al punto, y acordándose de su antiguo sueño (que se postrarían un día ante él), aparentó no conocerles, y empezó a probarlos, diciéndoles que eran unos espías, que querían conocer el país. A lo que ellos, llenos de terror, contestaron: *«No es así, señor, hemos venido a comprar víveres, somos gentes de paz. Éramos doce hermanos, el más pequeño quedó con nuestro padre, y el otro ya no existe...* En fin, José los conoció y tuvo que retirarse a llorar, porque los amaba... y después de varias pruebas por las que les hizo pasar, se dio a conocer a ellos.

43

Los hermanos de José volvieron por segunda vez a Egipto con su hermano Benjamín. Luego que vio José a éste con ellos, habló a su mayordomo diciéndole: *«Introduce a esos hombres en la casa, y dispón un banquete porque hoy comerán conmigo a mediodía»...*

José, después de nuevas pruebas, no podía contenerse más, y, habiendo mandado salir a todos los egipcios, rompió a llo-

rar con fuertes sollozos, que se oían desde fuera, diciendo: *«¡Yo soy José! ¿Vive aún mi padre?»*. Sus hermanos quedaron mudos de espanto, y no podían proferir palabra alguna.

Pero José les dijo amorosamente: *«Acercaos a mí; yo soy José vuestro hermano, a quien vendisteis. No temáis, porque por vuestra salud me envió Dios delante de vosotros a Egipto, para que tengáis ahora con que poder vivir. No por vuestro consejo, sino por la voluntad de Dios he venido aquí; y Dios me ha hecho príncipe de todo Egipto. Apresuraos a ir a vuestro padre, y decidle: Tu hijo José te manda decir: Dios me ha hecho señor de todo Egipto; ven a mí y no tardes. Habitarán en la parte más hermosa del país, y estarás alimentado con todos los tuyos. Aún quedan cinco años de hambre»*.

Entonces se abrazó al cuello de Benjamín y lloró, y Benjamín también lloró. Luego besó a todos sus hermanos y lloró sobre cada uno de ellos.

Jacob vivió en Egipto diecisiete años colmado de bienes y de atenciones por su hijo José y lo mismo sus hermanos;mas estos, después de la muerte de su padre, se dijeron: *«¿Si nos guardará rencor José y nos devolverá todo el mal que hemos hecho?»*. Y mandaron decir a José: *«Tu padre, antes de morir, nos mandó que te dijéramos: Perdona el crimen de tus hermanos y su pecado, pues ciertamente te hicieron mucho mal...*

José al oírlos lloró. Sus hermanos vinieron a posternarse ante él y le dijeron: *Somos tus siervos. Él les dijo: «No temáis. ¿Estoy acaso en el lugar de Dios? Vosotros creíais hacerme mal, pero Dios ha hecho de él un bien cumpliendo lo que hoy sucede, de poder conservar la vida a un pueblo numeroso»*. Así los consoló hablándoles al corazón (Gén. 37 y 39 ss.).

La Providencia de Dios está manifiesta en esta historia de José. El mismo conoce que el ser vendido por sus hermanos fue una disposición de Dios. Era francamente una injusticia bien grande la que sus hermanos habían hecho con José; esa injusticia Dios

no la quería (Dios no puede querer nada malo, porque es santo), pero *la permitió y lo encaminó todo sacando bien del mal.* (Otros muchos ejemplos de la Providencia de Dios los tenemos en las historias de Abraham, de Isaac, de Jacob, de Moisés, etc.).

45

San Agustín comenta: «Dios usa bien aun del mal... Tan grande es su bondad omnipotente, que aun del mal sabe hacer bien... No cabe duda de que Dios obra bien, aun cuando permite que se haga el mal. No lo permite sino con justo juicio: y todo lo justo es ciertamente bueno... El suplicio de cada hombre viene de su pecado, y su iniquidad se convierte en castigo... Como artista y como gran artista, usa del diablo; porque si no pudiera usar de él, no le permitiría existir... Todos los malos o viven para que se corrijan, o viven para que con ellos se ejerciten los buenos...».

46

Preguntas que se hacen

1) *¿Se puede decir que Dios quiere todo lo que sucede?* No, ¿cómo podría querer un Dios sumamente bueno y santo, que alguno nos mate, nos robe, nos injurie? Pero Dios *permite* algunos males, esto es, no los impide aunque pudiera. Esta permisión no es consentimiento, pues lo que se consiente, se aprueba. Esta permisión del mal, nace de que Dios ha concedido al hombre la libertad. Dios se la respeta y de ahí el mérito o el demérito. Dios nos ha dado la libertad para el bien, y si el hombre la emplea para el mal, él es el culpable.

Dios no es el autor del pecado y de sus consecuencias, sino el abuso de nuestra libre voluntad... Dios no permitirá el mal, dice San Agustín, si no tuviera bastante poder para sacar bien del mal.

47

¿Por qué precisamente yo? Es pregunta bastante frecuente en labios de los atri-

bulados. Sin embargo es necia, falta de fundamento y de amor. Más vale preguntar: ¿Por qué habría de verme precisamente yo exento de sufrimiento? Todos sufren, sufre toda la humanidad. Tu sufrimiento no es más que la pequeña parte alícuota que te corresponde del sufrimiento general. ¿Quieres gozar tú sólo de privilegio, verte libre sólo tú del arancel del dolor? ¿Y en qué título apoyas tu pretensión? (Obispo Keppler).

No es justo hacer responsable a Dios de todos los males y sufrimientos. ¡Cuántos sufrimientos nacen de la maldad de los hombres, que son malos, se odian y se dañan! Muchos sufrimientos provienen, frecuentemente, de nuestras propias faltas: tendríamos menos que sufrir si fuéramos más moderados en nuestros deseos y más sobrios y templados en nuestra vida... ¡Cuántas enfermedades son el resultado de la sensualidad y de la intemperancia!...

48

¿Por qué permite Dios el dolor? Por muchas causas: Ya para hacernos *expiar*

nuestros pecados, ya para *probar* nuestra fidelidad, así en la desgracia como enla dicha; ya *para desasirnos* de este mundo de destierro y obligarnos a considerar el cielo como nuestra verdadera patria.

El sufrimiento en el plan de Dios es el último recurso para asegurar nuestro fin eterno. *Chauteaubriand* perdió a la vez a su madre y a su hermana, y el dolor experimentado por la gran desgracia le devolvió lo que había perdido hacía tiempo: la fe católica. Si le preguntaban qué era lo que le había conducido de nuevo a Dios, decía aludiendo a la doble desgracia: «He llorado y he creído». (Véanse mis libros: *«Catecismo sobre el dolor»* y *»Problemas del dolor»)*

49

Si Dios cuida de los hombres, ¿por qué la diferencia de condiciones de ricos y pobres? La desigualdad de condiciones nace necesariamente de la desigualdad de aptitudes, de las cualidades físicas, intelectuales y morales de los hombres. Es el resultado de la actividad de los unos y de la negli-

gencia de los otros... Esta desigualdad entra también en el plan divino, porque es necesaria a la sociedad humana. Si todos los hombres *fueran ricos*, nadie querría trabajar la tierra; si todos *fueran pobres*, nadie podría dedicarse a las artes, a las ciencias, a la industria, etc.; luego es necesario que haya ricos y pobres.

50

¿Por qué el Dios de la paz nos consiente la guerra? ¿Por qué de la dulzura está cerca la hiel? ¿Por qué permite Dios que retiemble la tierra? Para que alcemos más los ojos hacia Él (Verdaguer). Las guerras vienen a ser castigos de Dios por los pecados de los hombres y así hacerles volver su vista a Él.

A Dios no podemos cargarle la responsabilidad de que haya muchos que roban, engañan y blasfeman... Ni podemos cargarle a Dios el que haya gentes que se precipiten con su vida frívola en la ruina y en la miseria corporal. El hombre se rebela osado contra las leyes de Dios, y con ello se acarrea muchísimos males morales y físicos... para

quejarse después y blasfemar de Dios a causa de esos mismos sufrimientos. El Señor podría contestarles con las palabras que puso en boca del profeta Oseas: *«Tu perdición... viene de ti mismo»* (13,9).

51

¿Por qué suceden tantas cosas adversas?

Aunque ya hemos dado una respuesta general a esta pregunta, conviene tengamos presente que las cosas suceden no porque Dios ve que son así, pues aunque Dios prevé lo malo, no fuerza al hombre a efectuarlo. Sucede como cuando nosotros vemos de lejos que uno se quita la vida, el cual no lo hace porque lo vemos, sino que lo vemos porque él lo hace.

Como lo pasado, dice San Agustín, que está en mi memoria, no sucedió porque lo recuerdo, sino que se me acuerda porque pasó; así lo futuro que Dios prevé, no será porque Dios lo previó, sino lo prevé porque sucederá.

«Aunque todo lo que Dios ha presabido o predestinado tiene que suceder, no suce-

de porque haya sido presabido o predestinado, sino que ha sido predestinado porque había de suceder». Aunque Dios prevé la condenación del hombre, no es autor ni responsable de su pérdida... «Los que se pierden no es porque no pudieron ser buenos, sino porque no quisieron ser buenos» (Conc. Valent. 321).

52

Muchos de los males que suceden son debidos a la libertad del hombre. La libertad es un don de Dios, que recibimos para hacer el bien y a veces la empleamos para el mal. Esto es un abuso de la libertad.

Dios también conoce *lo que sucedería* en determinadas condiciones, y por eso a veces nos envía penas o castigos para evitar mayores males que nos amenazarían en otro caso (Mt. 11,21; Sab. 4,11).

53

Dios es infinitamente sabio, lo sabe todo y conoce todo, porque Él es el que conci-

bió, creó y conserva todas las cosas... «*Mira Yahvé desde los cielos y ve a todos los hijos de los hombres*» (Sal. 33,13). «*Tortuoso es el corazón, impenetrable para el hombre. ¿Quién puede conocerle? Yo, Yahvé, que penetro en los corazones..., para retribuir a cada uno según sus caminos, según el fruto de sus obras*» (Jer. 17,9-10).

El necio dice para sí: Nadie me ve, ¿qué tengo que temer? El Altísimo no se da cuenta de mis pecados...» (Eclo. 23,26)... «*Entended necios: El que hizo el oído, ¿no va a oír? El que formó el ojo, ¿no va a ver?...* (Sal. 94,8-9).

54

Dios lo sabe todo con claridad, calma y seguridad, como si fuera un espejo prodigioso, que refleja todo cuanto hay, hasta el último detalle, hasta lo más insignificante, sin dificultad ni error. Este espejo es su propia esencia en que lee todo lo que hay, ha habido y habrá.

Dios nos ve, tiene muy presentes todas nuestras acciones... Él nos ama y quiere nuestro bien, y para premiarnos con una

eterna felicidad, quiere también que obremos el bien y confiemos grandemente en su confianza. Reconozcamos que estamos en manos de Dios, y si Él *«cuida de las aves del cielo y de los lirios del campo... ¡cuánto más de nosotros!* (Mt. 6,25-30).

ÍNDICE

Presentación 3

EN LAS MANOS DE DIOS

¿Qué es la Providencia? 5
Dios se muestra grande en lo pequeño 8
Dios gobierna el mundo 12
Dios tiene providencia de todos 15
Trabajemos, confiando en la Providencia 17
Buscad el cielo 19
Pedid bien... Dios desea concedernos sus bienes 23
La providencia de Dios en el orden físico 27
Alabe a Dios nuestra vida entera 31
La Providencia de Dios en el orden moral 34
El mal que Dios permite, lo endereza a bien nuestro 37
Preguntas que se hacen: 47
¿Por qué suceden tantas cosas adversas? 51